



Docente: MILDREY MILENA MUÑOZ Grado: OCTAVO Periodo: CUARTO

TEMA: Comprensión y análisis de textos

¡No lo crea!

Esta historia sucedió un día en el que Abel estaba sin dinero. Buscó una sogá y se dirigió al mercado. Al llegar, vio a un grupo de jóvenes, todos con sus cuerdas para sujetar los paquetes, esperando a los clientes. Entonces se presentó un caballero con ropas impecables. Dijo: —Tengo una caja que contiene platos, tazas y otra vajilla para transportar hasta mi casa. Al que me la lleve le daré tres consejos. Ninguno de los muchachos aceptó la oferta, pero Abel pensó: “En cualquier momento puedo ganar dinero, pero tres buenos consejos no se encuentran todos los días”. Y le dijo al cliente que aceptaba llevarle su pesada caja. Aseguró entonces la caja con la sogá, la cargó al hombro y marchó detrás del señor. Al cabo de un buen trecho, le dijo: —Bien. Creo que ya es hora de que me diga uno de sus consejos. El hombre le respondió: —Si alguien te dice: “Es preferible tener el estómago bien lleno antes que sentir hambre”, ¡no lo creas! —¡Pero qué buen consejo! —dijo Abel. Y continuó la marcha; el señor adelante. Tras unos minutos, Abel pidió: —Por favor, deme su segundo consejo. —Si alguien te dice: “Es preferible andar a caballo que andar a pie”, ¡no lo creas! —¡Excelente consejo, señor! ¡Excelente consejo! Cuando llegaron a la puerta de la casa del señor, Abel apoyó la carga en el suelo y le pidió el tercer consejo. — Si alguien te dice: “Hay cargadores de bultos más tontos que tú”, ¡no lo creas! Entonces Abel volvió a cargar la pesada caja. Justo cuando la apoyó sobre sus espaldas, soltó la cuerda. Y mirando con ojos burlones al señor le dijo: —Si alguien le dice: “La vajilla de la caja no está rota”, ¡no lo crea, señor!, ¡no lo crea! Silveyra, C. (2011). Antología literaria. Santiago: Zigzag

1. ¿Para qué Abel tomó una cuerda al salir de su casa?

- A) Para ir al mercado a trasladar bultos.
- B) Para atar sus compras hechas en el mercado.
- C) Para defenderse de los atacantes del mercado.
- D) Para llevar los paquetes del señor que daba consejos

2. ¿Por qué nadie quería trasladar los paquetes del señor en el mercado?

- A) Porque sabían que era un estafador.
- B) Porque sus bultos eran demasiado pesados.
- C) Porque era conocido por dar malos consejos.
- D) Porque querían que les pagaran por llevar bultos

3. ¿Qué quiso decir el señor con su último consejo?

- A) Que Abel no era cargador de bultos.
- B) Que los cargadores de bultos son tontos.
- C) Que Abel era el cargador de bultos más tonto.
- D) Que los cargadores de bultos son mentirosos.

4. Finalmente, ¿qué hizo Abel con el bulto del señor?

- A) Lo tiró al suelo.
- B) Lo arrojó al señor.
- C) Lo devolvió al mercado.
- D) Lo escondió en su casa

5. ¿Qué tipo de texto es el anterior?

- A) Un mito.
- B) Un cuento.
- C) Una fábula.
- D) Una leyenda.

6. ¿Crees que estuvo bien que Abel tirara el paquete del señor? ¿Por qué?

7. ¿Hubieras hecho lo mismo? ¿Por qué?



Docente: MILDREY MILENA MUÑOZ Grado: OCTAVO Periodo: CUARTO

TEMA: Comprensión y análisis de textos

La Máquina de tiempo H. G. Wells (Fragmento) —

Este pequeño artefacto es solo un modelo — dijo el Viajero del Tiempo, apoyando sus codos sobre la mesa y presionando sus manos sobre el aparato—. Mi plan es que una máquina viaje a través del tiempo. Notarán que se ve singularmente oblicua y que hay un extraño centelleo alrededor de esta barra, como si de algún modo fuera irreal. Apuntó a la pieza con su dedo. —Además aquí hay una palanca blanca y aquí hay otra. El Médico se levantó de su silla y escudriñó el artefacto. —Está hermosamente construido — dijo. —Demoré dos años en hacerlo —replicó el Viajero del Tiempo. Después, cuando todos habíamos imitado la acción del Médico, dijo: —Ahora quiero que entiendan claramente que si se acciona esta palanca, se envía la máquina al futuro y esta otra invierte el proceso. Esta silla representa el asiento de un viajero del tiempo. En seguida presionaré la palanca y la máquina se irá. Se desvanecerá, pasará al futuro y desaparecerá. Miren bien el aparato. También miren la mesa y asegúrense ustedes mismos de que no hay engaño. No quiero perder este modelo y que luego me digan que soy un charlatán. Hubo una pausa de más o menos un minuto. Parecía que el Psicólogo quería hablarme, pero cambió de idea. Después el Viajero del Tiempo extendió su dedo hacia la palanca. —No —dijo repentinamente—. Deme su mano. Y volviéndose hacia el Psicólogo, tomó la mano del individuo en su propia mano y le dijo que extendiera su dedo índice. De este modo fue el propio Psicólogo quien envió el modelo de la Máquina del Tiempo a su interminable viaje. Todos vimos el movimiento de la palanca. Estoy absolutamente seguro de que no hubo engaño. El viento suspiró y la llama de la lámpara creció. Una de las velas que estaba sobre la repisa de la chimenea se apagó y la pequeña máquina de pronto giró, se puso borrosa, se vio como un fantasma por un momento, como un remolino de metal y marfil de brillo tenue y desapareció; ¡se desvaneció! Excepto por la lámpara, la mesa estaba vacía

ANÁLISIS DE TEXTO: Preguntas y respuestas con buenos argumentos

1. En el párrafo cuatro, ¿Qué significa la expresión “el viento suspiró”?
2. ¿Cuál fue el propósito principal del autor al escribir esta historia?
3. ¿De qué trata principalmente el fragmento?
4. Intenta deducir el significado de las palabras destacadas en el texto y escríbelo. Luego busca las palabras en el diccionario para ver si te acercaste al significado correcto de cada una

Oblicua:

Centelleo:

Escudriñó:

Tenue:

5. Escribe DOS preguntas LITERAL, INFERENCIAL Y CRÍTICA con sus respuestas sobre el texto leído,



ANÁLISIS LITARIO
La gallina degollada
Horacio Quiroga

Todo el día, sentados en el patio en un banco, estaban los cuatro hijos idiotas del matrimonio Mazzini-Ferraz. Tenían la lengua entre los labios, los ojos estúpidos y volvían la cabeza con la boca abierta. El patio era de tierra, cerrado al oeste por un cerco de ladrillos. El banco quedaba paralela a él, a cinco metros, y allí se mantenían inmóviles, fijos los ojos en los ladrillos. Como el sol se ocultaba tras el cerco, al declinar los idiotas tenían fiesta. La luz engeguecedora llamaba su atención al principio, poco a poco sus ojos se animaban; se reían al fin estrepitosamente, congestionados por la misma hilaridad ansiosa, mirando el sol con alegría bestial, como si fueran comida. Otras veces, alineados en el banco, zumbaban horas enteras, imitando al tranvía eléctrico. Los ruidos fuertes sacudían asimismo su inercia, y corrían entonces, mordiéndose la lengua y mugiendo, alrededor del patio. Pero casi siempre estaban apagados en un sombrío letargo de idiotismo, y pasaban todo el día sentado en su banco, con las piernas colgantes y quietas, empapando de glutinosa saliva el pantalón. El mayor tenía doce años, y el menor ocho. En todo su aspecto sucio y desvalido se notaba la falta absoluta de un poco de cuidado maternal.

Esos cuatro idiotas, sin embargo, habían sido un día el encanto de sus padres. A los tres meses de casados, Mazzini y Berta orientaron su estrecho amor de marido y mujer, y mujer y marido, hacia un porvenir mucho más vital: un hijo: ¿Qué mayor dicha para dos enamorados que esa honrada consagración de su cariño, libertado ya del vil egoísmo de un mutuo amor sin fin ninguno y, lo que es peor para el amor mismo, sin esperanzas posibles de renovación? Así lo sintieron Mazzini y Berta, y cuando el hijo llegó, a los catorce meses de matrimonio, creyeron cumplida su felicidad. La criatura creció bella y radiante, hasta que tuvo año y medio. Pero en el vigésimo mes sacudiéronlo una noche convulsiones terribles, y a la mañana siguiente no conocía más a sus padres. El médico lo examinó con esa atención profesional que está visiblemente buscando las causas del mal en las enfermedades de los padres. Después de algunos días los miembros paralizados recobraron el movimiento; pero la inteligencia, el alma, aun el instinto, se habían ido del todo; había quedado profundamente idiota, baboso, colgante, muerto para siempre sobre las rodillas de su madre.

Hijo, mi hijo querido! —sollozaba ésta, sobre aquella espantosa ruina de su primogénito.

El padre, desolado, acompañó al médico afuera.

—A usted se le puede decir; creo que es un caso perdido. Podrá mejorar, educarse en todo lo que le permita su idiotismo, pero no más allá.

—¡Sí!... ¡Sí! —asentía Mazzini—. Pero dígame: ¿Usted cree que es herencia, que?...

—En cuanto a la herencia paterna, ya le dije lo que creía cuando vi a su hijo. Respecto a la madre, hay allí un pulmón que no sopla bien. No veo nada más, pero hay un soplo un poco rudo. Hágala examinar bien.

Con el alma destrozada de remordimiento, Mazzini redobló el amor a su hijo, el pequeño idiota que pagaba los excesos del abuelo. Tuvo asimismo que consolar, sostener sin tregua a Berta, herida en lo más profundo por aquel fracaso de su joven maternidad.

Como es natural, el matrimonio puso todo su amor en la esperanza de otro hijo. Nació éste, y su salud y limpidez de risa

reencendieron el porvenir extinguido. Pero a los dieciocho meses las convulsiones del primogénito se repetían, y al día siguiente amanecía idiota. Esta vez los padres cayeron en honda desesperación. ¡Luego su sangre, su amor estaban malditos! ¡Su amor, sobre todo! Veintiocho años él, veintidós ella, y toda su apasionada ternura no alcanzaba a crear un átomo de vida normal. Ya no pedían más belleza e inteligencia como en el primogénito; ¡pero un hijo, un hijo como todos!

Del nuevo desastre brotaron nuevas llamaradas del dolorido amor, un loco anhelo de redimir de una vez para siempre la santidad de su ternura. Sobrevinieron mellizos, y punto por punto repitióse el proceso de los dos mayores. Mas, por encima de su inmensa amargura, quedaba a Mazzini y Berta gran compasión por sus cuatro hijos. Hubo que arrancar del limbo de la más honda animalidad, no ya sus almas, sino el instinto mismo abolido. No sabían deglutir, cambiar de sitio, ni aun sentarse. Aprendieron al fin a caminar, pero chocaban contra todo, por no darse cuenta de los obstáculos. Cuando los lavaban mugían hasta inyectarse de sangre el rostro. Animábanse sólo al comer, o cuando veían colores brillantes u oían truenos. Se reían entonces, echando afuera lengua y ríos de baba, radiantes de frenesí bestial. Tenían, en cambio, cierta facultad imitativa; pero no se pudo obtener nada más. Con los mellizos pareció haber concluido la aterradora descendencia. Pero pasados tres años desearon de nuevo

ardientemente otro hijo, confiando en que el largo tiempo transcurrido hubiera aplacado a la fatalidad. No satisfacían sus esperanzas. Y en ese ardiente anhelo que se exasperaba, en razón de su infructuosidad, se agriaron. Hasta ese momento cada cual había tomado sobre sí la parte que le correspondía en la miseria de sus hijos; pero la desesperanza de redención ante las cuatro bestias que habían nacido de ellos, echó afuera esa imperiosa necesidad de culpar a los otros, que es patrimonio específico de los corazones inferiores.

Iniciáronse con el cambio de pronombre: tus hijos. Y como a más del insulto había la insidia, la atmósfera se cargaba.

—Me parece —díjole una noche Mazzini, que acababa de entrar y se lavaba las manos— que podrías tener más limpios a los muchachos.

Berta continuó leyendo como si no hubiera oído.

—Es la primera vez —repuso al rato— que te veo inquietarte por el estado de tus hijos.

Mazzini volvió un poco la cara a ella con una sonrisa forzada:

—De nuestros hijos, ¿me parece?

—Bueno; de nuestros hijos. ¿Te gusta así? —alzó ella los ojos. Esta vez Mazzini se expresó claramente:

—¿Creo que no vas a decir que yo tenga la culpa, no?

—¡Ah, no! —se sonrió Berta, muy pálida— ¡pero yo tampoco, supongo!...
¡No faltaba más!... —murmuró.

—¿Qué, no faltaba más?

—¡Que si alguien tiene la culpa, no soy yo, entiéndelo bien! Eso es lo que quería decir.

Su marido la miró un momento, con brutal deseo de insultarla.

—¡Dejemos! —articuló, secándose por fin las manos.

—Como quieras; pero si quieres decir...

—¡Berta!

—¡Como quieras!

Este fue el primer choque y le sucedieron otros. Pero en las inevitables reconciliaciones, sus almas se unían con doble arrebató y locura por otro hijo. Nació así una niña. Vivieron dos años con la angustia a flor de alma, esperando siempre otro desastre. Nada acaeció, sin embargo, y los padres pusieron en ella toda su complacencia, que la pequeña llevaba a los más extremos límites del mimo y la mala crianza. Si aún en los últimos tiempos Berta cuidaba siempre de sus hijos, al nacer Bertita olvidóse casi del todo de los otros. Su solo recuerdo la horrorizaba, como algo atroz que la hubieran obligado a cometer. A Mazzini, bien que en menor grado, pasábale lo mismo.

No por eso la paz había llegado a sus almas. La menor indisposición de su hija echaba ahora afuera, con el terror de perderla, los rencores de su descendencia podrida. Habían acumulado hiel sobrado tiempo para que el vaso no quedara distendido, y al menor contacto el veneno se vertía afuera. Desde el primer disgusto emponzoñado habíanse perdido el respeto; y si hay algo a que el hombre se siente arrastrado con cruel fruición, es, cuando ya se comenzó, a humillar del todo a una persona. Antes se contenían por la mutua falta de éxito; ahora que éste había llegado, cada cual, atribuyéndolo a sí mismo, sentía mayor la infamia de los cuatro engendros que el otro habíale forzado a crear. Con estos sentimientos, no hubo ya para los cuatro hijos mayores afecto posible. La sirvienta los vestía, les daba de comer, los acostaba, con visible brutalidad. No los lavaban casi nunca. Pasaban todo el día sentados frente al cerco, abandonados de toda remota caricia. De este modo Bertita cumplió cuatro años, y esa noche, resultado de las golosinas que era a los padres absolutamente imposible negarle, la criatura tuvo algún escalofrío y fiebre. Y el temor a verla morir o quedar idiota, tornó a reabrir la eterna llaga.

Hacía tres horas que no hablaban, y el motivo fue, como casi siempre, los fuertes pasos de Mazzini.

—¡Mi Dios! ¿No puedes caminar más despacio? ¿Cuántas veces? . . .

—Bueno, es que me olvido; ¡se acabó! No lo hago a propósito. Ella se sonrió, desdeñosa: —¡No, no te creo tanto!

—Ni yo, jamás, te hubiera creído tanto a tí. . . ¡tisiquilla!

—¡Qué! ¿Qué dijiste?...

—¡Nada!

—¡Sí, te oí algo! Mira: ¡no sé lo que dijiste; pero te juro que prefiero cualquier cosa a tener un padre como el que has tenido tú!

Mazzini se puso pálido.

—¡Al fin! —murmuró con los dientes apretados—. ¡Al fin, víbora, has dicho lo que querías!

—¡Sí, víbora, sí! Pero yo he tenido padres sanos, ¿oyes?, ¡sanos! ¡Mi padreno ha muerto de delirio! ¡Yo hubiera tenido hijos como los de todo el mundo! ¡Esos son hijos tuyos, los cuatro tuyos!

Mazzini explotó a su vez.

—¡Víbora tísica! ¡eso es lo que te dije, lo que te quiero decir! ¡Pregúntale, pregúntale al médico quién tiene la mayor culpa de la meningitis de tus hijos: mi padre o tu pulmón picado, ¡víbora!

Continuaron cada vez con mayor violencia, hasta que un gemido de Bertita selló instantáneamente sus bocas. A la una de la mañana la ligera indigestión había desaparecido, y como pasa fatalmente con todos los matrimonios jóvenes que se han amado intensamente una vez siquiera, la reconciliación llegó, tanto más efusiva cuanto hirientes fueran los agravios.

Amaneció un espléndido día, y mientras Berta se levantaba escupió sangre. Las emociones y mala noche pasada tenían, sin duda, gran culpa. Mazzinila retuvo abrazada largo rato, y ella lloró desesperadamente, pero sin que ninguno se atreviera a decir una palabra.

A las diez decidieron salir, después de almorzar. Como apenas tenían tiempo, ordenaron a la sirvienta que matara una gallina.

El día radiante había arrancado a los idiotas de su banco. De modo que mientras la sirvienta degollaba en la cocina al animal, desangrándolo con parsimonia (Berta había aprendido de su madre este buen modo de conservar fresca a la carne), creyó sentir algo como respiración tras ella. Volvióse, y vio a los cuatro idiotas, con los hombros pegados uno a otro, mirando estupefactos la operación... Rojo... rojo...

—¡Señora! Los niños están aquí, en la cocina.

Berta llegó; no quería que jamás pisaran allí. ¡Y ni aun en esas horas de pleno perdón, olvido y felicidad reconquistada, podía evitarse esa horrible

visión! Porque, naturalmente, cuando más intensos eran los raptos de amor a su marido e hija, más irritado era su humor con los monstruos.

—¡Que salgan, María! ¡Échelos! ¡Échelos, le digo!

Las cuatro pobres bestias, sacudidas, brutalmente empujadas, fueron a dar asu banco.

Después de almorzar, salieron todos. La sirvienta fue a Buenos Aires, y el matrimonio a pasear por las quintas. Al bajar el sol volvieron; pero Berta quiso saludar un momento a sus vecinas de enfrente. Su hija escapóse enseguida a casa.

Entretanto los idiotas no se habían movido en todo el día de su banco. El sol había traspuesto ya el cerco, comenzaba a hundirse, y ellos continuaban mirando los ladrillos, más inertes que nunca.

De pronto, algo se interpuso entre su mirada y el cerco. Su hermana, cansada de cinco horas paternas, quería observar por su cuenta. Detenida al pie del cerco, miraba pensativa la cresta. Quería trepar, eso no ofrecía duda. Al fin decidióse por una silla desfondada, pero faltaba aún. Recurrió entonces a un cajón de kerosene, y su instinto topográfico hizole colocar vertical el mueble, con lo cual triunfó. Los cuatro idiotas, la mirada indiferente, vieron cómo su hermana lograba pacientemente dominar el equilibrio, y cómo en puntas de pie apoyaba la garganta sobre la cresta del cerco, entre sus manos tirantes. Viéronla mirar a todos lados, y buscar apoyo con el pie para alzarse más. Pero la mirada de los idiotas se había animado; una misma luz insistente estaba fija en sus pupilas. No apartaban los ojos de su hermana, mientras creciente sensación de gula bestial iba cambiando cada línea de sus rostros. Lentamente avanzaron hacia el cerco. La pequeña, que habiendo logrado calzar el pie, iba ya a montar a horcajadas y a caerse del otro lado, seguramente, sintióse cogida de la pierna. Debajo de ella, los ocho ojos clavados en los suyos le dieron miedo.

—¡Soltáme! ¡Déjame! —gritó sacudiendo la pierna. Pero fue atraída.

—¡Mamá! ¡Ay, mamá! ¡Mamá, papá! —lloró imperiosamente. Trató aúnde sujetarse del borde, pero sintióse arrancada y cayó.

—Mamá, ¡ay! Ma. . . —No pudo gritar más. Uno de ellos le apretó el cuello, apartando los bucles como si fueran plumas, y los otros la arrastraron de una sola pierna hasta la cocina, donde esa mañana se había desangrado a la gallina, bien

sujeta, arrancándole la vida segundo porsegundo.
Mazzini, en la casa de enfrente, creyó oír la voz de su hija.

—Me parece que te llama—le dijo a Berta.

Prestaron oído, inquietos, pero no oyeron más. Con todo, un momento después se despidieron, y mientras Berta iba dejar su sombrero, Mazzini avanzó en el patio.

—¡Bertita! Nadie respondió.

—¡Bertita! —alzó más la voz, ya alterada.

Y el silencio fue tan fúnebre para su corazón siempre aterrado, que la espalda se le heló de horrible presentimiento.

—¡Mi hija, mi hija! —corrió ya desesperado hacia el fondo. Pero al pasar frente a la cocina vio en el piso un mar de sangre. Empujó violentamente la puerta entornada, y lanzó un grito de horror.

Berta, que ya se había lanzado corriendo a su vez al oír el angustioso llamado del padre, oyó el grito y respondió con otro. Pero al precipitarse en la cocina, Mazzini, lívido como la muerte, se interpuso, conteniéndola:

—¡No entres! ¡No entres!

Berta alcanzó a ver el piso inundado de sangre. Sólo pudo echar sus brazos sobre la cabeza y hundirse a lo largo de él con un ronco suspiro.

ANÁLISIS LITERARIO

1. Elabora una ficha de lectura del cuento leído

Ficha de lectura 

DATOS DEL LECTOR

Nombre: _____
Curso: _____
Fecha de inicio de la lectura: _____
Fecha de finalización de la lectura: _____

DATOS DEL LIBRO

Título: _____
Autor: _____
Editorial: _____

Personajes: _____
Argumento: _____

¿Qué valoración le das al libro?
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10

2. Elabora una papa conceptual teniendo en cuenta el nombre del cuento, inicio, nudo desenlace y descripción de los personajes
3. Elabora un tablero fantástico completando los siguientes datos

El tablero fantástico

PERSONAJES	LUGARES	OBJETOS	SITUACIONES

Preguntas guías: “La gallina degollada” por Horacio Quiroga

1. ¿Cuántos niños (varones) tuvieron en total los Mazzini-Ferraz?
2. ¿Qué ocurrió después de los nacimientos de los varones?
3. ¿Cómo pasan los días los cuatro hijos?
4. ¿Qué dijo el médico? ¿Qué causa los problemas de los hijos?
5. ¿Quién tenía la culpa de los problemas de los hijos? ¿El padre o la madre?
6. ¿Qué pasa con los hijos después del nacimiento de Bertita?
7. ¿Cómo era la niña de los Mazzini-Ferraz? Descríbala.
8. ¿Qué estaba haciendo la sirvienta en la cocina?
9. ¿Cuál es la importancia de la sirvienta en este discurso?
10. ¿Dónde estaban los padres cuando los niños fueron a la cocina?
11. ¿Qué ocurrió al final del cuento?

